

807.8.7

ACADEMIA
DE
BUENAS LETRAS
DE BARCELONA.



SESION PÚBLICA

DEL DIA 2 DE JULIO DE 1842,
en que se leyó la Memoria y se hizo la adjudicacion de premios con arreglo al programa publicado en 20 de febrero de 1841.



BARCELONA:
IMPRENTA DE A. BRUSI.
1842

21903 0501

Número 4.

RUGERO DE FLOR.



CANTO ÉPICO
POR D. TOMAS AGUILÓ.

A LA ACADEMIA
DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA.



Pars mihi de multis una canenda fuit.

Ovid. Trist. 2.

Cuando oprime tal vez la abierta palma
el peso de mi frente decaída,
consolante recuerdo busca el alma
que me la ayude á erguir;
Cual si el triste reflejo, que ilumina
mi pasado cubierto de neblina,
anunciara entre sombra mortecina
la luz del porvenir.

Esta luz tan hermosa yo la finjo
cual ávidos mis ojos la apetecen,
y con vana ilusion tal vez infrinjo
las leyes del azar.

Mas no así las naciones, cuya vida
como la del mortal no está medida,
la su frente que hoy miran abatida
mañana han de elevar.

El hombre es flor de un día, flor de Alóe,
que marchita en su rama el cierzo arranca,
que al suelo cae, y que el insecto roe
destruyendo su ser.

Mas el árbol frondoso, á quien desnuda
del fiero vendaval la saña cruda,
si blanda primavera le saluda,
se ve refloracer.

El astro del humano se derrumba,
de eclipses fatigado al fin se estingue;
de los reinos el sol no tiene tumba,
muere y se alza despues:

Y de su viva lumbre las memorias,
que celosas conservan las historias,
son ya fecundos gérmes de glorias
que anuncian otra miés.

Ó noble España, ó Patria generosa,
bello es tu porvenir, si su grandeza
engarza una cadena misteriosa
á tu antiguo esplendor.

Si ayudara mi voz al pensamiento
que los siglos trasciende en un momento,
si cupiera en mi pecho tanto aliento,
yo fuera tu cantor.

Yo cantara el temblor del Capitolio
que seguros sus triunfos no juzgaba,
si de hinojos no via ante su solio
tan ínclita nacion:

Ó cantara á la sombra de los sauces,
cuando en el mar abriendo nuevos cauces
un mundo nuevo atragantó en sus fauces,
el hispano leon.

Ó cuando hender el piélagó salobre
los peces no podían, si grabadas
no llevaban en láminas de cobre
las armas de Aragon.

Cantara tu progenie, ó Cataluña,
que en lejana region su lanza empuña,
y vencedora torna, ó se le acuña
en su pecho un blason.

Puede la muerte su alevoso dardo
hincar tal vez de un héroe en el pecho,
mas no arrancar el lauro que gallardo
adornaba su sien.

Tal fue el destino del campeon valiente
que, de la hueste catalana al frente,
sobresaltó el imperio del oriente,
del cual era sosten.

Oh! si es grueso el volúmen de la historia
que de España contiene los blasones,
al menos esa página de gloria
séame dado leer.

Ya grave inspiracion mi mente apremia,
escucha mi cantar, noble Academia,
que si ora tu atencion mi celo premia
¿qué mas he de querer?



RUGERO DE FLOR.



1

DE un siglo la mitad no trascurriera
Desque arrojado el príncipe latino
Otra vez de los griegos la bandera
Tremolaba en el muro bizantino:
Mas cada sol que ardiente reverbera
En el trono imperial de Constantino,
De su facticia gloria el brillo frustra
Y el oro de sus águilas deslustra.

2

Sentado en el Andrónico regía
La suerte de un imperio vacilante:
La diadema sus sienas oprimía
Como si el casco fuera de un gigante:
Su espada, cuyo puño guarnecía
El ópalo, el berilo y el diamante,
Flaco puntal de la corona griega,
En vez de sostenerla se doblega.

3

Cual plaga asoladora de langostas,
Los turcos la Natolia devastaban:
Del Ponto Euxino á las risueñas costas
Desde el famoso Janto dominaban:
Del Bósforo en las márgenes angostas
Las opuestas banderas se cruzaban;
Y Andrónico temía en su palacio
Salvara la irrupcion tan breve espacio.

4

Entonces fuera cierta su ruina,
Que, seca la raíz de sus laureles,
El astro de los griegos ya declina,
Ya toca de su ocaso los dinteles.
Presagio de victorias ilumina
La blanca media-luna á los infieles,
Y reflejan su brillo el Escamandro,
El Gránico, el Pactolo y el Meandro.

5

Como estanque entre selvas de jazmines
Se extiende la Propóntide serena,
Que salpica de Europa los jardines
Y del Asia menor la costa amena.
Una isla había un tiempo en sus confines,
Y de arrastradas conchas y de arena
Un istmo se formó que, como un puente,
La engarza de Natolia al continente.

6

Aquí de mar á mar una muralla
Á lo largo corria de sus breñas,
Y en la fragosa cumbre de esta valla
Tremolaban del griego las enseñas:
Los turcos, que intentaron asaltalla,
No pudieron trepar sus rudas peñas,
Y el obstinado gefe que los guia
Su esperanza difiere al nuevo dia.

7

Entre tanto reposa muellemente,
Cercado de sus nómadas cuadrillas,
Al márgen de un arroyo transparente
Que, lamiendo el festón de sus orillas,
Solia humedecer con su corriente
Del nenufar las flores amarillas
Que el gracioso perfil de sus corolas
Mostraban al espejo de las olas.

8

El sol iba á tocar del horizonte
La vaporosa espalda con su disco,
Y adornar parecía en su remonte
Con penacho de luz verdoso risco;
Desde el valle humilde al rudo monte
Semeja el campamento un ancho aprisco
Do el pastoril rumor de las esquilas
De los guerreros se oye entre las filas.

9

Quien los ijares de un troton aprieta,
Quien monta encaramado en un camello,
Aquel dispara al aire su saeta,
Su lanza aguza aquel para el degüello:
De su tienda al umbral la madre inquieta
Besa un niño colgado de su cuello,
Y un guerrero que armado les acecha
Despues entre sus brazos les estrecha.

10

Tal vez con sanguinoso hierro avanzan
Los jóvenes al son de los tambores,
Mientras al mismo son las niñas danzan
Ó cogen por el prado gayas flores.
Oh! la Guerra y la Paz, que á verse alcanzan,
Sus goces enlazando y sus horrores,
Juntas allí, se abrazan tiernamente
Como hermanas de rostro diferente.

11

«¿Qué nube de liviano polvo es esa
Que levanta el bridon de un extranjero,
Cual fugitivo onagro que atraviesa
Arenoso ramblar con pié ligero?»
El gefe preguntó; y apenas cesa
Cuando saltando de espumoso overo,
Que sacude sus clines y jadea,
Un bizarro mancebo allí se apea.

«Glorioso emir, esclama, si la sombra
De tu verde castan piadosa alcanza
Á quien tu esclavo fiel desde hoy se nombra:
Aunque ayer contra tí blandió su lanza,
Pon mi cuello á tus plantas por alfombra;
Mas primero al festin de la venganza
Guíeme tu pendon, flótando al viento
Que arroja de cien tribus el aliento.

»El imbécil Andrónico, monarca
Que en su tapiz de seda hollando abrojos
Del imperio los límites abarca
Con solo en derredor volver los ojos,
Al saber que del Asia la comarca
Ofrecia al alfange sus despojos,
Mandó á su hijo Miguel que inmensa hueste
De allegadizas tropas luego apreste.

»Y vino aquí Miguel de mustia gualda
Teñida la color de su mejilla,
Solo para grabar en la esmeralda
De estas frondosas playas su mancilla:
Vino para mostrarte que en su espalda
El manto de escarlata se apolilla,
Vino para que el eco de su afrenta
Solemnizase tu victoria incruenta.

»Crispaba herido de mortal espasmo
El desdichado Andrónico sus manos
Al ver que merecian por sarcasmo
Sus guerreros el nombre de romanos:
Rebaño femenil sin entusiasmo
Eran sus enervados cortesanos,
Y los héroes antiguos de Bizancio
Gladiadores rendidos del cansancio.

»Entonces en sus muros encerrado,
Como su estoque en guarnecido forro,
Doliente grito arroja despechado
Implorando de estraños el socorro:
Del rugiente Danubio al otro lado
Saltó su endeble voz, y luego corro
Á clavar con el hierro de mi lanza
En su ruinoso trono la esperanza.

» ¿Y por qué lo hice yo? ¿por qué vendía
Mi libertad, mi sangre y mis hazañas?
¿Por qué á la lid mis armas conducía
Á regar el laurel de las estrañas?
El hambre del botin no removía
Su acerado aguijon en mis entrañas;
Oh! fué el amor; solo un amor ardiente
Pudiera doblegar mi altiva frente.

»Diez y seis mil alanos, que sobaban
Para ceñir como trezada cuerda
El Blaquernol palacio, no bastaban
Á que su augusto dueño el miedo pierda;
Fantásticas visiones le acosaban
En su crujiante lecho, al fin acuerda
Repetir su clamor cual los mendigos
Y buscar á su afrenta mas testigos.

» Sus ojos endereza al Occidente,
Á una antigua region que el Ebro baña,
Celebrado país de cuya gente
Cada accion en la guerra es una hazaña:
Por mi mal en Sicilia residente
Un ejército vió de hijos de España
Que, hecha la paz, dormia en ruda alfombra
De sus recientes palmas á la sombra.

» Y sin que á despertarle un punto dude
Llamóle, y el ejército al momento,
Cual si oyera un clarín, veloz sacude
Los brazos que plegara soñoliento.
Cual bandada de pájaros que acude
Á do gime el señuelo fraudulento,
Así vimos volando sus galeras
De Bizancio acercarse á las riberas.

» Saltó la hueste con soberbio alarde,
Y al frente de ella su adalid Rugero,
Ufano al ver que el pueblo mas cobarde
Su salvador le aclama vocinglero:
El monarca le abraza, y sin que guarde
La cohorte imperial su noble fuero,
Abrazan los magnates servilmente
Á un bárbaro soldado de Occidente.

» Yo su ejemplo imité: antes mis brazos
Convertido se hubieran en ceniza!
Le daba como á hermano mil abrazos
Y dárselos debia en cruda liza.
La púrpura imperial rasga á pedazos
La codiciosa turba advenediza,
Rayendo de sus franjas el tesoro
Para apagar su ardiente sed con oro.

» No satisfechos aun con doble paga
Los que vinieron pobres mercenarios,
Al soplo del favor que les halaga,
Hasta el trono se elevan temerarios.
El vino de Fortuna les embriaga:
Ellos son ya de Grecia dignatarios:
Su Rugero que ayer mandara un buque
Hoy empuña el baston de Megaduque.

» Y aun arde su ambicion, y no arde en vano:
Hijo de un cazador, su cuna olvida
Y osá aspirar ¡ó cielos! á la mano
De una dama en la púrpura nacida.
Sobrino del augusto soberano
Era María, aliento de mi vida,
¡María! el galardón de mi bravura,
El astro de mi amor y mi ventura.

» Efímera ilusion fué mi esperanza:
Entrególe su mano la doncella,
Y la nube de incienso que se lanza
Del maldecido altar cegó mi estrella.
Oh! yo debo triunfar en la venganza,
Yo que vencido soy en la querella;
Yo he de ver abrevado en sangre agena
El áspid que mi sangre me envenena.

» Sobrellevar mi ultrage yo no pude,
Y arrimando la espuela á mi caballo,
He recurrido á tí para que mude
Tu invencible poder su injusto fallo:
Como terso broquel de plata escude
La blanca media-luna á tu vasallo;
Su luz vuelva á mi frente su decoro,
Y temblará el raptor de mi tesoro.

» Y mancharé de sangre sus vestidos
De boda, y sangre regará sus flores,
Y de mi saña ardiente los rugidos
Perturbarán sus cánticos de amores.
Vencedor de los reyes, haz que, uncidos
De tu fortuna al carro mis furores,
Como leones domados nuevamente,
Al trono te conduzcan del Oriente.

»De él se levantará palideciendo
El débil sucesor de Constantino,
Cual se levanta en pié el esclavo viendo
A su señor que llega de camino:
Y con lanzas un puente construyendo
Pasarémos el Bósforo vecino,
El mundo será tuyo, solo mia
Sea la hermosa mano de María.»

Calló Demetrio, el hijo valeroso
De Jorge capitán de los alanos,
Y en amigable lazo el poderoso
Caudillo turco tiéndele sus manos.
Ya el velo de la noche tenebroso
Daba á los gruesos árboles cercanos
Movidos suavemente por las brisas,
De un fantasma las formas indecisas;

Quando en soberbia tienda recogidos
La hospitalaria copa que circula
Adelgaza la voz de los gemidos,
Que Demetrio en sus labios acumula.
Por grados se adormecen los sentidos,
Y al moribundo resplandor que ondula
De cansadas hogueras, grato sueño
Del vasto campamento se hace dueño.

Y al tiempo que el aljófár del rocío
El sol engarza en sus doradas hebras,
Y á girones rasgado el velo umbrío
Cubre del monte las fragosas quiebras;
Despierta de la guerra el monstruo impío,
Y erizando sus clines de culebras,
Ronco ahullido en su caverna lanza
Que del Artacio hasta el Olimpo alcanza.

Y ese grito preñado de terrores,
De un cántico infernal preludio horrible,
No perturba los plácidos rumores
De natura en su calma bonancible.
¿ Por qué tan agraciadas son las flores,
El céfiro tan manso y apacible,
El cielo tan azul, el mar tan sesgo,
Cuando al hombre amenaza tanto riesgo?

De la parte do yacen olvidadas
De Cícico famosa las ruínas,
Se acercan de las brisas empujadas
Anchas nubes de polvo blanquecinas:
Ya se oyen de caballos las pisadas,
Y al campo sarraceno ya vecinas;
El súbito pavor que en torno vuela
Su inminente peligro le revela.

Levántanse confusos alaridos,
Arrójanse clamores lastimeros,
Dobléganse los arcos prevenidos,
Empúñanse mortíferos aceros;
Corriendo á los objetos mas queridos
Danse ¡ay Dios! los abrazos postrimeros,
Pero abrazos tan súbito deshechos
Que á tocarse no llegan los dos pechos.

Mas la Muerte, deidad que los dinteles
Hollar pudo jamas del cielo santo,
Cubierto su esqueleto de oropeles,
Se muestra á los guerreros sin espanto:
Coronado su cráneo de laureles,
De Gloria disfrazada con el manto,
Con fingido esplendor y voz fingida
Á unas bodas de sangre les convida.

Y acudiendo en tropel la hueste brava
Sus hijos y mugeres abandona;
Pasagera mirada en ellos clava
Y en apiñados grupos se amontona:
Encendíá la sangre como lava
Circula por sus venas y se encona;
Los ojos en sus órbitas chispean
Cual las bruñidas armas que cimbrean.

Ya la nube de polvo oscura, inmensa,
Cual vago pabellon las tiendas cubre,
Y cierne entre sus pliegues que condensa
Los rayos del naciente sol de octubre.
La hueste preparada á su defensa
Con estupor insólito descubre,
Cual si ave fuese de siniestro agüero,
La victoriosa enseña de Rugero.

Y el Lábaro tambien que reverbera
De su antiguo prestigio la memoria,
Y del rey de Sicilia la bandera
Que al soplo se meció de la victoria,
Y la que guia allí la delantera,
Ceñida de una auréola de gloria,
Temible enseña, que del triunfo en arras,
Ostenta de Aragon las nobles barras.

Tremenda, aterradora es la embestida
De nuestros almogávares feroces,
Tremenda aquella voz allí no oída,
Unísono concierto de mil voces.
Despierta hierro, grita embravecida
La falange invasora, y á los roces
De seis mil dardos que la tierra aguza,
Un sol de fuego en chispas desmenuza.

40

Y al torvo brillo de esas luminarias,
Y al clamor de atabales y clarines,
Se entremezclan las haces adversarias,
Se confunden los bravos paladines.
Así en un circo fieras sanguinarias
Erizando la pompa de sus clines,
Se embisten, y se aferran, y se ensañan,
Y en sangre y en sudor sus lomos bañan.

41

Dos monstruos de cien brazos aferrados
Los rabiosos ejércitos parecen,
Y miembros de sus cuerpos cercenados
Los guerreros que caen y fallecen.
Saltan del corazón desenfrenados
Los rencores que el ánimo encrudecen,
Y al columbrarse la sangrienta palma
Sorda está la piedad, callosa el alma.

42

El aire atruenan míseros quejidos
De los que al suelo vienen espirantes,
Del crudo vencedor los alaridos,
El choque de los hierros fulminantes,
De flechas voladoras los silbidos,
Los relinchos de potros arrogantes,
De los arcos crujientes la porfía,
Del turco la algarada y vocería.

43

Y sobre ese tumulto y ronco estruendo,
Sobre esta confusión que al orbe aterra,
Cual si los cielos con fragor cayendo
Lanzaran sus escombros en la tierra,
Levántase y descuella el grito horrendo
De *Aragon, Aragon*, clamor de guerra
Que al lozano español do quiera anima,
Do quiera al musulman infunde grima.

44

¡ Que no baste mi aliento por mancilla
De tantos hechos á cantar la historia!
¡ La fama á celebrar del que acaudilla
Los hijos predilectos de la gloria!
Álzate agora con la voz de Ercilla
De tu panteon robado á la memoria,
Verace historiador, que en tal jornada
Enlazaste la pluma con la espada.

45

Álzate, y dinos lo que allí tú viste,
Lo que hicieron los bravos catalanes,
Arranca del silencio lo que hiciste,
Lo que hicieron sus nobles capitanes:
Dinos el crudo espanto que vertiste
Cual ponzoña en los pechos musulmanes,
El hielo que cundia por sus venas,
La sangre que filtraba en las arenas.

46

Dinos cual tiembla atónito el Oriente
Al ver los almogávares sañudos...
Oh! blandiendo su azcona aquella gente
De brazos denegridos y nervudos,
Cubierta de acerada red la frente,
Un zurrón en la espalda y sin escudos,
Tan suelta vaga en la palestra fiera
Como en bello jardín triscar pudiera.

47

Porcel que allá en Sicilia en un encuentro
Greva y pierna de un golpe cercenara
Á un ginete francés, y su hoja dentro
Del bridon medio palmo sepultara,
De la batalla arrójase en el centro
Y allí le sigue Pedro hijo de Clara,
Veterano almogávar que amaestra
Dos hijos que combaten á su diestra.

48

Y Berenguer tambien, marino osado
Que por fornida lanza el remo deja,
Y en tierra y mar á riesgos avézado
Lanza y remo con brio igual maneja,
Sobre un turco de punta en blanco armado,
Que á un coloso de hierro se asemeja,
El catalan impávido se arroja,
Y de arnés y caballo le despoja.

49

Hermanos Pedro y Sancho sus broqueles
Tan rojos muestran de sangrientas manchas,
Que ni el alto blason de sus cuarteles,
Ni el oro se trasluce de sus planchas.
Su alfana con pretal de cascabeles,
De ondosas clines y caderas anchas,
Monta Guillen Siscar, y su denuedo
Al bando sarraceno dobla el miedo.

50

Cubierto el hombro de una piel de fiera
Prendida sobre el pecho con la uña,
Berenguer de Roudor, que en la ribera
Nació del Llobregat, su lanza empuña:
Á su tordillo ensancha la carrera
Guillermo Tous, doncel de Cataluña;
Y de su espada arrojan mil centellas
Fernan Gorí y Ferrario de Torrellas.

51

La escuadra infiel acosan como furias
Que hostigan sin cesar á un condenado,
Ramon Alquer de Castellon de Ampurias
Y Martin de Logran de hierro armado:
Aunque sienta del tiempo las injurias
No se enflaquece el ánimo esforzado
Del noble Perez de Caldés Guillermo
Que sus canas oculta bajo el yelmo.

A cien turcos la vida, el brazo arranca
De Corbaran de Alet con sangre mucha
Nombrado senescal, la hueste franca
Obediente sus órdenes escucha
Con bizarra altivez su yegua blanca
Aguija á lo mas recio de la lucha
Fernando Ahones, jóven arrogante
Que el baston recibiera de almirante

Jiménez de Arenós que en los combates
Resplandeciente lleva el rico sayo
Lastima con dorados acicates
El sudoriento ijar de hermoso bayo
Del marcial torbellino los embates
Agitan su plúmago ondosó y gayo
Estrella que entre círculos de gloria
El camino designa á la victoria

Mas, ¿qué bruñido arnés allí se nota
Que entre nubes de polvo centellea?
¿Cuya es aquella cándida garzota
Parecida á un cisne que aletea?
¿Qué prodigiosa enseña es la que flota
Allá en el corazon de la pelea,
Espléndido giron que por encanto
Cortara la Victoria de su manto?

Desplégala orgulloso un escudero
Por vez primera al aura de Bitinia,
Y á su sombra pelea el gran Rugero
De caudillo cubierto con la insinia
Mancharla acaso pueda el turco fiero
De sangre sí, mas nunca de ignominia,
Que mientras arbolada permanezca
No será que la Luña resplandezca

56

Bajo de ella la saña se exaspera,
Hierva el furor, aumentase el estrago,
La lucha atroz, horrible, carnicera
El campo trueca en sanguinoso lago.
El bravo musulman se desespera
Al recordar en trance tan aciago
Del dulce hogar las dichas y placeres,
Sus hijos y rebaños y mugeres.

57

No ya para impedir que trague Europa
El Asia sometida á su dominio;
Ni para ajar á la invasora tropa
El lauro de su oprobio vaticinio;
No ya por rehusar la amarga copa
Que el ángel funeral del esterminio
Á sus labios acerca en tal conflicto
Porque en el cielo así quedaba escrito;

58

Mas solo por temor de que peligre
Su familia cautiva y sin socorro
Lucha allí con la rabia de la tigre
Que arrebatado mira su cachorro.
¿Qué importa que su fama se denigre?
¿Qué importa de su ardiente sangre el chorro,
Si de las manos del cristiano horrendas
Salvar consigue al fin tan caras prendas?

59

Mas ay! que sus esfuerzos sin provecho
No pesan del destino en la balanza;
Es en valde el aliento de su pecho,
Es en valde el acero de su lanza.
¿Dó está el emir? ¿dó oculta su despecho
El que ayer blasonaba en su pujanza
De escribir el Coran con mano impía
En los jaspes del templo de Sofía?

Los turcos que de alfanges aguzados
Hicieron cuando niños sus juguetes,
Que con leche de hiena amamantados,
Vistieron tras las fajas coseletes,
Que al resplandor de pueblos incendiados,
Preparaban sus danzas y banquetes,
Los hijos de la guerra aflojan,
Y algunos á sus pies la vida fian.

Y su enseña caída, y arrastrada,
Y sucia toda de sangriento cieno,
La mortaja parece destinada
Á envolver el honor del agareno.
Á su fortuna empero desastrada,
Resiste de furor y rabia lleno,
Un solo campeón: su lanza sola
Á la muerte cien víctimas inmoló.

Sin direccion corriendo en un overo
De su valor hacia horrible ensayo,
Cuando advierte el penacho de Rugero
Y hácia él se precipita como un rayo.
La gruesa lanza que columpia fiero
Le arroja ciego en ira, de soslayo
La coraza le hiere, y al instante
Cien matadoras puntas ve delante.

Mas torciendo su bayo corpulento
Detiénelas Rugero y se endereza
Al osado agresor que en su ardimiento
Á la muerte retaba con fiereza.
Rabioso al ver fallido el crudo intento
Su hacha de armas con suma ligereza
Arranca del arzon el jóven fiero,
Adversario el mas digno de Rugero.

El campo vencedor de asombro mudo
Abre á los combatientes ancha plaza,
Y admira á su caudillo que sesudo
Del contrario los ímpetus rechaza:
Retumban en las planchas del escudo
Los poderosos golpes de su máza,
Y largo espacio dura la contienda
Sin que al diestro rival ninguno ofenda.

Corrido ya Rugero al ver que alarga
La horrenda lid del jóven la braveza,
Su férrea maza con furor descarga
Y aplasta del overo la cabeza.
Blasfema de fortuna tan amarga
El ginete infeliz, y con presteza
Los piés, sin desmayar, en tierra hinca
Saltando del corcel que inquieto brinca.

Hidalgo corazon y sangre hidalga
Del montado caudillo arde en el pecho,
Y por mancilla tiene que le valga
La ventaja que cede en su provecho:
Con bravo continente descabalgá,
Y arrojando su lanza largo trecho,
Con solo su puñal y su denuedo
Embiste al agresor que está á pié quedo.

Y juntos como sierpes enroscadas
Que acribillan su piel á mordeduras,
Retorcendo sus manos levantadas
De sus corazas buscan las junturas:
Vense piezas caer ensangrentadas,
Óyense resonar las armaduras,
Y al acertar la daga inerme hueco
Un gemido fatal repite el eco.

Un cuerpo se desploma sin sentido,
Su yelmo el vencedor le quita luego;
Y «¡ Demetrio! » prorumpie sorprendido,
«¿ Es esto una vision? ¿ estòy yo ciego?
¿ Qué espíritu infernal te ha sugerido
El quebrantar tu alianza con el griego?...
El triste moribundo en su agonía
Solo murmura el nombre de Maria.

Y lento lo repite y balbucea
Cual para que en la tumba se le acuerde,
Perder sintiendo mas tan dulce idea
Qué la sangre y la vida que allí pierde.
Ya livido color su rostro afea,
Sus ojos vuelve en blanco, el labio muerte,
Y pronto duerme ya cadáver yerto
En lecho de cadáveres cubierto.

Tres mil los turcos son allí caidos,
Para no alzarse mas, de sus bridones;
Once mil los infantes estendidos
De aquel sangriento campo en los terrones;
Y todos en sus tiendas recogidos
Poco ha soñaban dichas é ilusiones;
Al sol vieron nacer en su horizonte,
Y el sol no les alumbra en su remonte.

Y al caer de la noche, las bandadas
De cuervos les destrozan con sus picos,
Y las bestias feroces á manadas
Se pasean lamiendo sus hocicos:
Y sus movibles tiendas ocupadas
Por estraños de sangre y oro ricos
Resuenan con el grito de victoria,
Postrero y cruel tributo á su memoria.

72

Y al estruendo marcial de alegres vivas,
Y al bullicio de báquicos cantares,
Desoladas plantean y cautivas
Esposas y doncellas á millares.
Entre tanto las hordas fugitivas
Batiendo á sus trotones los ijares
De la matanza atroz por dicha escapan,
Y detras del Olimpo se agazapan.

73

Y el cristiano con orden y gobierno
En los llanos de Cícico se aloja
Hasta que de su túnica de invierno
Halagüeña natura se despoja:
Y al romper su boton el árbol tierno
Tambien de su guarida las arroja,
Con sus brazos de hierro las estruja
Y á las lindes del Asia las empuja.

74

Como el lobo voraz suelta la presa
En que ya ensangrentó su corva garra,
Y medroso las selvas atraviesa
Al descubrir un leon de clin bizarra;
Así al ver la falange aragonesa
El musulman, que en su ancha cimitarra
La Natolia clavara, la sacude,
Y á las breñas del Tauro huyendo acude.

75

Allí un combate sigue á cien combates,
Corona una victoria cien victorias,
Y como tras de un muro oye el Eufrates
Del catalan los pasos y las glorias.
Oh Cataluña! de oro y de granates
Tus barras, que ennoblecen mil memorias,
Por tus hijos en triunfo levantadas,
Viste del Ida al Tauro respetadas.

Veló de roja nube tu ósadia
De la Luna el ya pálido semblante,
Y un lucero en la atmósfera sombría
Entronizó tu brazo fulminante.
¿Por qué tan corto fué su hermoso día?
¿Por qué desapareció la Cruz radiante,
Y cesaron los cánticos celestes
Que el valor ensalzaban de tus huestes?

Ay cielos! otra vez su débil rastro,
Que apenas ya brillaba mortecino,
Del Profeta impostor aviva el astro
Y al Asia alumbra como adverso sino.
Ya, de climas tan bellos cruel padrastró,
El turbante fatal labra el destino
Con que, mísera esclava de Mahoma,
Su frente ha de ceñir la hija de Roma.

Envidioso Miguel, que sin combate
La playa abandonara de Bitinia,
Siente que la victoria humilde acate
Del caudillo inmortal la blanca insinia:
« ¿Sufiré que su fama se dilate
Para estender con ella mi ignominia?
¿Sufiré, esclama, que esa luz odiosa
Empañe mi diadema tan hermosa?

» ¿Por qué, Fortuna, cubres su loriga
De un resplandor fantástico de gloria,
Si el manto de escarlata que me abriga
Arrastraste villana por la escoria?
¿A un extraño sonries como amiga
Y mi nombre escarneces irrisoria?
No: el lauro que negabas á la mía
Mano alguna cogerlo no debía.»

Y mientras ese amargo pensamiento
Gota á gota de hiel su pecho llena,
La alfombra del marmóreo pavimento
Con agitados pasos desordena.
Para aguzar el dardo virulento
Que sangra el corazon y le envenena,
Un anciano guerrero allí le asiste,
De talla colosal y aspecto triste.

« Jorge, » le dice el príncipe, y remueve
El tósigo mortal de sus recelos,
« ¿No ves cómo el soberbio halcon se atreve
Á levantar sus plumas á los cielos?
El águila imperial sufrir no debe
En su region de luz ignobles zelos,
Sin que el pájaro audaz el rayo sienta
Que en sus garras inflama la tormenta.

» ¿Por qué vinieron esos estrangeros
Á vendernos tan caras sus hazañas?
¿Para vallar de hierro sus linderos
Necesitaba Grecia armas estrañas?
¿Faltábanle ya amigos verdaderos,
Ó ya infecundas eran las entrañas
De la escelsa Metrópoli que un dia
Madre del mundo proclamarse oia?

» Maldita la hora fué que nos dormimos
Á la sombra de frescos tulipanes,
Y de nuestra custodia el cargo dimos
Á esa turba feroz de catalanes.
Si la gloria del triunfo les cedimos,
Si con oro pagamos sus afanes,
¿Por qué á mostrar no van á sus patricios
De su inmenso botin los desperdicios?

» Si su heroico delirio tanto aprecia
Del sangriento combate los laureles,
¿ Por qué á buscarlos vienen á la Grecia?
¿ Acaso brotan solo en sus vergeles?
En su patria tambien la Cruz desprecia
Muchedumbre de bárbaros infieles:
En su patria tambien campos se encuentran
Do alzado su pendon los moros entran.

» Vuélvanse allí: tiránica no oprima
Su proteccion al trono del Oriente:
¿ Qué vale que de un yugo nos redima
Si el suyo ha de cargarnos esa gente?
¿ No ven que su grosero pié lastima
De Grecia el blando suelo floreciente?
Vuélvanse ya, y apenas se retiren
De nuestro fuego la invencion admiren.

» Mas ay! que esos famélicos guerreros
No soltarán jamas la augusta presa.
No: para devorarla placenteros
Nuevos amigos llaman á su mesa.
Entenza y Rocafort de aventureros
Mas enjambres conducen á la empresa...
¿ Serán acaso, Jorge, sus desinios
Del imperio partirse los dominios?

» ¿ Desprender uno á uno los florones
De la imperial diadema con vil traza,
Ó rasgar nuestro manto en cien girones
Á repetidos golpes de su maza,
Para que envanecidos cien barones,
Cuya espalda magulla la coraza,
Se vistán los magníficos despojos
Hiel haciendo llorar á nuestros ojos?

» ¡Juzgan que osadas puedan sus falanges
La púrpura arrancar de nuestros hombros
Porque al mellar del turco los alfanges
Su insensato valor nos daba asombros;
Que se desplome un trono que hasta el Ganges
Estendió su raiz; que en sus escombros
Sentarse pueda en paz la hueste brava,
Y que obedezca Grecia como esclava?

» Oh! no: la hora no esperen de Balduino:
Aquella la hora fué de nuestro sueño:
No aguarden que dos veces el destino
Escupa en nuestra faz con torvo ceño.
Para espiar las entrañas del latino
Que el embrion nos ocultan de su empeño,
Para observar su faz con ojo lento
Una antorcha ha encendido el escarmiento.

» En valde la ambicion aleve y fiera
Sus incansables alas bate á priesa,
Del sol antes que rocen en la esfera
Sus alas caerán hechas pavesa.
Del trono hasta la grada postrimera
Ascendido ha Rugero por sorpresa,
Mas de su augusta silla al trono mismo
Media el inmenso cráter de un abismo.

Empero ¡ay de nosotros si le salta
Para coger de un salto la diadema!
¡Si el paso da que á su camino falta
Sin que el peligro atroz al darlo tema!
No puede ya su silla ser mas alta
Á no alzarla al nivel de la suprema:
Rugero César ya... Oh! tanta mengua
Oprime el corazón, traba la lengua.

»Baste de vilipendio. Antes que ofusque
Del sol de Grecia el brillo refulgente,
Antes que su destello nos chamusque
El cometa apaguemos en su oriente.
¿Qué loco espera á que morderle busque
La víbora traidora, que imprudente
Acariciaba un dia en su regazo,
Para ahogarla allí con fuerte brazo?»

»Mañana ha de morir, que ya la cara
Me desuella esa máscara de amigo,
Y arrojarla deseo en la algazara
Del festin que le ofrezco por castigo.
Tus alanos, ó Jorge, allí prepara,
Y al apurar la copa mi enemigo
Confecciona su vino de tal suerte
Que ya de su embriaguez jamas despierte.»

«Mañana morirá,» replica altivo
El fiero capitán de los alanos;
«Mas no le brindarán veneno activo
Si pueden un puñal asir mis manos.
¿Qué me importa si un César adoptivo
Eclipsa el esplendor de los romanos?
Vengad vos el imperio como os cuadre,
Que yo solo recuerdo que era padre.»

»Si él es traidor, traidora muerte luego
Obstruya á sus designios el camino:
Si él es traidor, vengaos como griego,
Que yo tan solo sé que es asesino.
Mi venganza entre sombras no despliego:
Quiero que brille el hierro que fulmino,
Y que aterre á mi víctima espirante
La rabia y el placer de mi semblante.»

Aquella noche en la ciudad entraban
Con sorda planta bárbaras legiones,
Mientras que al nuevo César obsequiaban
Con populares juegos é invenciones,
Y suntuoso banquete preparaban
Bajo los imperiales artesones;
Que para celebrar el holocausto
Quiso ostentar Miguel inmenso fausto.

Sobre el mármóreo suelo se levantan,
En profusa y bizarra muchedumbre,
Cien columnas de pórvido que aguantan
Con chapiteles de oro la techumbre:
Artificiosas aves que discantan
Diestramente posadas en su cumbre
Encrespan sus magníficos plumages
Tejidos de amatistas y balages.

Pebeteros de plata en los espacios
Del largo peristilo se intercalan,
Y á flores de esmeraldas y topacios
Su perfume aromático regalan;
Joyeles que adornaran cien palacios
En festones espléndidos resbalan,
Sus cabos sosteniendo en los triglifos
Con garras de metal dorados grifos.

En costosas vajillas de oro fino
El regio aparador las viandas cubren;
Y vestidas de seda en vez de lino
Mesas de hermoso jaspe se descubren;
Fragante y esquisito el griego vino
Las cinceladas ánforas encubren:
Y de esclavos y eunucos la caterva
Para el puntual servicio se reserva.

100

Los hierros de las picas afilados,
Soberbio el traje, inmóviles sus gestos,
Vense al pie de los muros tapizados
Los alanos mas briosos y dispuestos:
Dudarse puede al verlos enclavados,
Impasibles y mudos en sus puestos,
Si hileras son de estatuas de guerrero
Que vaciara en un molde el alfarero.

101

No preside en la mesa el gran monarca,
Pero ejerce Miguel su ministerio;
Y el fastuoso recinto luego abarca
Los primeros magnates del imperio.
Allí el Sebastocrator, el Etriarca,
Allí el gran Logoteto, el Primicerio,
El principal Doméstico, el Vestiario,
El búlgaro Basila y el Drungario.

102

¿Por qué partido se ha en velero buque,
Del César el amigo y compañero,
Entenza, á quien nombraron megaduque
Cuando César nombraron á Rugero?
Antes que la perfidia atroz le eduque
Ya del griego el semblante lisonjero
En su ánimo despierta la sospecha,
Y de su cargo al mar la insignia echa.

103

El héroe catalan en sus reales
Escogidas legiones acuartela,
Y el fiero Rocafort y sus parciales
Recelosos del griego estan en vela,
Mas pechos generosos y leales
No llevan al extremo la cautela,
Y así esperan que el César vuelva pronto
Para cruzar de nuevo el Helesponto.

Pocos los suyos son que tiene en torno
El vencedor del Asia en el banquete,
Do relumbra fatal su rico adorno
En vez de la coraza y el almete.
Azul con flecos de oro en el contorno
Es la toga, el calzado y el bonete,
Y ese color, emblema de los zelos,
Amotina de Grecia los recelos.

Rugero, sin temer que le rodee
De pompa tan magnífica al abrigo
Trenzada red de hierro, incanto lee
En cada frente el nombre de un amigo.
Abandonado al júbilo no cree
Que el campo sea aquel del enemigo
Donde resuena en cánticos de gloria
De sus grandiosos hechos la memoria.

Y mientras de su triunfo la ambrosía
Sus labiospa ladean sin sospecha,
No advierte una mirada que le espia,
Mirada de pantera cuando acecha.
Mas de repente su actitud sombría
Un anciano frenético desecha,
Y de pié puesto en medio el regocijo:
«Rugero, esclama, ¿dónde está mi hijo?»

Su bronca voz, su tono destemplado
Retumba cual un trueno en los salones;
Trueno horrible de rayos mil preñado
Que vibra en los mas duros corazones.
El brillo de un puñal desenvainado
Refleja en los dorados artesones:
«Sangre por sangre,» esclama el cruel guerrero;
Y en el pecho lo envaina de Rugero.

« Oh! mi espada! mi espada! » el César grita:
« Aquí mi alfange, » añade con fiereza
Un alano que allí se precipita,
Y le corta de un golpe la cabeza.
Un bramido de horror y saña escita
Del soldado la bárbara crudeza...
Los pocos catalanes que le dieron
Dar segundo quejido no pudieron:

Que entonces la vil hueste se abalanza
Con parricidas armas, y comienza
El estrago infernal de la matanza
Que vuela hasta el real del bravo Entenza.
Sofocada al rugido de venganza
La voz de humanidad y de vergüenza,
Se ostenta el griego, que cobarde lidia,
Con todo el esplendor de su perfidia.

Entre arroyos de sangre que mancillan
De la opípara mesa los manteles;
Entre convulsos cuerpos que acribillan
Por brutal diversion soldados crueles;
Entre exánimes troncos que enladrillan
Del fastuoso aposento los dinteles,
Miguel de tanta hazaña satisfecho
Saltar su corazón siente en el pecho.

Sin comprender el vago movimiento
Que tal vez le presagia su castigo,
Vuelto de su rencor al instrumento
Esclama con afán: « ¿Qué has hecho, amigo? »
« He cumplido, señor, mi juramento,
He quitado al imperio un enemigo,
He vuelto roja ya la vestidura
Del que aspiraba al trono en su locura. »

Y mientras descuidada banquetea
La fementida Corte sin templanza,
La sangre que inocente allí chorrea
Pesa la fiel Justicia en su balanza;
Y pesando tambien la horrible tea,
Espantoso blason de la Venganza,
Sin que voz de piedad su pecho venza
La entrega á Rocafort y al bravo Entenza.



ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
4. . . .	9. . . .	despues de <i>Rugero de Flor</i> falta (sigue de número 4º)	
38. . . .	3. . . .	tan	tant
38. . . .	35. . . .	tan	tant
40. . . .	16. . . .	tan	tant
41. . . .	17. . . .	tans	tants
45. . . .	50. . . .	sonrient	souřient
56. . . .	30. . . .	ades	adés
57. . . .	32. . . .	senyor	Senyor
85. . . .	5. . . .	Mecina	Mesina
id. . . .	14. . . .	mecinense	mesinense
91. . . .	12. . . .	enviaba	enviaba
106. . . .	1. . . .	Alóe	alóe
111. . . .	6. . . .	valle humilde	humilde valle
123. . . .	14. . . .	lauro de su	lauro, de su
126. . . .	30. . . .	les	los
127. . . .	15. . . .	ivierno	invierno
131. . . .	29. . . .	Empero	»Empero
135. . . .	21. . . .	labiospa ladean	labios paladean